

# LA CENSURA,

## REVISTA MENSUAL.

PUBLICANLA EL EDITOR Y SOCIOS LITERARIOS DE LA BIBLIOTECA RELIGIOSA.

### FILOSOFÍA.

**82. FILOSOFIA DE LA LEGISLACION NATURAL** fundada en la antropología ó en el conocimiento de la naturaleza del hombre y de sus relaciones con los demás seres; por D. Francisco Fabra Soldevila, doctor en medicina etc.: un tomo en 8.º mayor.

El pensamiento no es nuevo, ni nos parece muy feliz el autor en el modo de tratarle. En cuanto á la doctrina, aunque el señor Fabra profesa explícitamente la de la espiritualidad del alma, y manifiesta en varias ocasiones sus sentimientos de adhesión al cristianismo; notamos sin embargo ciertos errores ú omisiones que contra la intención del escritor pudieran arrastrar muchos lectores á fatales consecuencias. Así nuestro deber es señalar los pasajes en que se advierten estos lunares.

El autor quiere probar con la autoridad de nuestro divino Salvador, de S. Pablo, San Agustín y de muchos filósofos cristianos y gentiles que el hombre es doble y tiene dos voluntades, y discurre así:

«La admisión de dos voluntades en el hombre no debe ser mas repugnante al espíritu humano que la de dos sensibilidades recibida tan generalmente, que se ha hecho casi vulgar. Si se admiten sin la menor dificultad dos sensibilidades, una física y otra moral, ¿por qué no se han de admitir igualmente dos voluntades, la una moral y la otra física? La voluntad es la consecuencia de la sensibilidad; y si existen en nosotros dos sensibilidades de diversa naturaleza, existirán asimismo dos voluntades diferentes, la una correspondiente al hombre físico y la otra al hombre moral.»

Parecenos que la doctrina del señor Fabra pudiera originar graves equivocaciones de muy delicada naturaleza; y como comienza acotando en prueba de su aserto nada menos que unas solemnes palabras de nuestro adorable Redentor y un texto de S. Pablo; nos es forzoso desenmarañar el enredo, y manifestar que el autor, tal vez confuso en sus ideas, mezcla aquí cosas ciertas con otras que no lo son. Sabido es que el Señor, después de haber

hecho oración á su eterno Padre en el huerto de las Olivas, se llegó á donde estaban sus discípulos, y entre otras cosas les dijo: *Spiritus quidem promptus est; caro autem infirma*. Bien claro está el sentido de las palabras de Jesús, de que no puede deducirse otra cosa sino que el hombre es un ser compuesto de dos partes, material la una y la otra inmaterial, la *carne* y el *espíritu*; en lo que ningún hombre racional y menos un verdadero filósofo pone la menor duda. En cuanto á la ilación del señor Fabra no sabemos cómo con su perspicacia no vió que era absurda. Examinemos ahora el texto del Apostol. Dice este en los vers. 22 y 23, cap. VII de la epístola á los romanos: *Condelector enim legi Dei secundum interiorem hominem; video autem aliam legem in membris meis, repugnantem legi mentis meæ et captivantem me in lege peccati, quæ est in membris meis*. Aquí san Pablo nos presenta el hombre como *doble*, segun dicen sabios intérpretes; *interior en cuanto obra por la recta razon y sigue la guia de la gracia*; y *exterior en cuanto obedee á la parte sensible*. También habla de *dos leyes*, la de la carne y la del espíritu; y sin embargo no pretenderá el señor Fabra que haya una ley carnal: lo que hay es la propension al pecado inherente á la naturaleza viciada en su origen. Eso es lo que llama S. Pablo ley carnal, la cual cautiva, no por el consentimiento de la voluntad, sino por la conmocion viciosa de las pasiones. De aquí resulta cuán sin fundamento intenta el autor confirmar su opinion con las sagradas letras. Vamos ahora á otras consideraciones. Dice que no admitiendo las dos voluntades no concibe el fenómeno tan comun de querer y no querer al mismo tiempo; pero nada mas facil que explicarle con una sola y única voluntad. Cuando parece que el alma quiere y no quiere al mismo tiempo una

cosa, es que realmente no quiere ni deja de querer: no ha determinado la volición en ningún sentido, porque se contrapesan las razones del querer y no querer y está perpleja. De ahí el suspenderse tantas veces las determinaciones humanas; cosa que no se verificaría si hubiese esas dos voluntades, una de las cuales podría querer y otra no querer. En este caso sería curioso saber cómo se componía el hombre teniendo que ejecutar dos voluntades opuestas, ó á cuál de ellas había de dar la preferencia. Lástima da que en cuestiones filosóficas pueda tanto el prurito de sistematizar, que se cieguen los hombres de talento claro y caigan en dislates ajenos hasta de imberbes sumulistas. El señor Fabra, sin reparar que su doctrina huele á materialismo, quiere establecer dos voluntades *diferentes*, la una correspondiente al hombre físico, y por consecuencia será *material*, y la otra al hombre moral, que será una de las potencias de nuestra alma. A renglón seguido dice terminantemente que no solo es doble la voluntad, sino el *yo* ó la personalidad humana. Solo así puede concebir el señor Fabra que el hombre se compone de dos sustancias distintas; pero unidas maravillosamente por el divino Hacedor para que formen un solo todo. Esta doctrina, no nueva en verdad, es tan absurda considerada filosófica como teológicamente, y lleva al autor por necesidad á sacar consecuencias desatinadas y peligrosas. Desearíamos saber cómo hubiera definido el espíritu.

Hablando del instinto de adoración de Dios, natural al hombre, dice á la pág. 50:

«Se dirá tal vez que la doctrina de que el hombre es religioso por su instinto de adoración al Ser Supremo, ataca la revelación; pero esta objeción es infundada. La revelación ciertamente era necesaria para arreglar los sentimientos naturales que se habían extraviado con los absurdos del paganismo.»

Esto no quiere decir nada, ó por lo menos no dice todo lo necesario para dar una idea conveniente de la necesidad de la revelación. Los efectos de esta fueron desde el origen de los tiempos enseñar la creencia de los dogmas y verdades morales y arreglar las prácticas del culto que debe tributarse á Dios de una manera digna, hasta que con la venida de Jesucristo llegó la revelación á su mas alto grado de expansión, digámoslo así, y de eficacia. La existencia de Dios, uno en esencia y trino en personas, la creación del mundo, el pecado original del hombre, su reparación por la encarnación del Verbo, el fin último de los buenos y los malos, las leyes que

habían de practicarse, y las ceremonias religiosas que se habían de observar, tales son los puntos capitales sobre que versa toda la economía de la enseñanza divina *fundada en hechos del orden sobrenatural*. Vease pues con cuán poca exactitud habla el autor cuando dice que la *revelación era necesaria para arreglar los sentimientos naturales que se habían extraviado con los absurdos del paganismo*.

Pero todavía es mas digno de censura el párrafo siguiente (p. 50 y 51):

«En efecto la religion está destinada por la sabiduría divina á hacer al hombre mas perfecto ó mejor, á anticipar su dicha sobre la tierra y á conducirle á la felicidad celestial por el camino de la virtud, pues que no cesa de aconsejarle el exacto cumplimiento de sus deberes como hombre y como miembro de la sociedad. *Todo lo que en la religion no se dirige directa y manifestamente á este grande objeto, á este único designio, la felicidad del hombre, debe mirarse en consecuencia como extraño, inútil, superfluo ó bien como falso y añadido por hombres interesados, corrompidos y perversos.*»

No nos dice el autor quién ha de ser el juez que sentencie si hay en la religion alguna añadidura ó superfluidad de hombres interesados, corrompidos etc.; pero de la manera absoluta con que se expresa, parece inferirse que queda al juicio individual la decisión de tamaña cuestion. Y ¿es posible que no sospechara el señor Fabra cuánto mal podía ocasionar esa proposición sentada *ex cathedra*, en unos tiempos en que por desgracia hay demasiada propensión al racionalismo protestante y á desechar como inventado ó añadido por los hombres todo lo que no cuadra á nuestras opiniones, intereses y pasiones?

«La religion (prosigue el autor) produciría los mayores beneficios para la felicidad del género humano á no estorbarselo sus grandes enemigos la hipocresía, el fanatismo y la superstición etc.»

¿Tan pequeños ó tan débiles debieron parecerle la incredulidad, la impiedad y el libertinaje, que ni siquiera los nombró al lado de los otros? ¡Válgame Dios, y qué ciego ó preocupado debía estar el médico filósofo, cuando no echó de ver que en el siglo que alcanzamos, andan mucho mas arrogantes y son mas de temer la irreligion y la inmoralidad que la hipocresía, el fanatismo y la superstición!

Al tratar de la educación que divide en física, moral é intelectual, no dice una palabra de la religiosa y cristiana que debe darse á los jóvenes; omisión en que incurre tambien al hablar de la primera, segunda y tercera instrucción (que llama asimismo educación). Es tanto mas notable este silencio, cuanto que el autor se mete á individuar circuns-

tancias de orden muy inferior. Además escribiendo en España y para españoles católicos no le queda ni la disculpa que pudiera alegar un escritor frances del día, porque allí, según dicen los prohombres políticos de la nación, *la ley es atea* y el estado *es lego*. Mas en nuestra patria la ley no reconoce otra religion que la católica; y parecia natural que un filósofo cristiano hiciera algunas indicaciones sobre la educacion religiosa que debe darse á la juventud. Quisieramos engañarnos; pero en una omision de tanto bulto vemos cierta tendencia fatal á separar de la educacion su elemento primordial y mas necesario, el conocimiento de la religion.

Quiere probar el autor que las grandes revoluciones en el mundo han provenido del atraso de la educacion y civilizacion en las naciones que las sufrieron, y cita la Inglaterra, los Estados Unidos y la Francia. Hablando de esta y de la horrenda época del terror tiene el señor Fabra una ocurrencia *tan inocente* y singular, que no podemos menos de copiarla.

«El pueblo bajo frances desmoralizado con los principios desorganizadores de hombres ignorantes y perversos que se apoderaron de la revolucion, presentó un caracter sumamente atroz y abominable, tanto que llegó á horrorizar á sus mismos motores y directores. Para evitar el extremo de corrupcion, desorden y destruccion á donde les dirigia el olvido de los principios morales y religiosos, viendo la insuficiencia del castigo capital ejecutado bárbaramente con la guillotina *se recurrió á dos grandes máximas eminentemente útiles para la conservacion de la sociedad*, la una religiosa y la otra moral. Estas dos sentencias son tan importantes y de tanto interes para conservar el orden de una sociedad bien organizada, que todos los asociados deberian tenerlas siempre impresas en su mente; por lo que he creído oportuno colocarlas en este lugar, tales como se publicaron entónces.

1.<sup>a</sup> *El pueblo francés reconoce la existencia de un Dios y la inmortalidad del alma.*

2.<sup>a</sup> *Todo ciudadano debe respetar la propiedad de otro como la suya considerándola como fruto de su trabajo é industria.*

Cualquiera que no tuviese otra idea de la revolucion francesa que la que da este pasaje del señor Fabra, naturalmente se inclinaria á pensar que el pueblo bajo dirigido por unos cuantos hombres perversos é ignorantes era el que habia cometido las atrocidades y horrores abominables que constan de la historia; y que la religion y honradez de los sabios legisladores de la época habian ocurrido al punto con el remedio proclamando las dos máximas susodichas. ¿Es posible que

asi se quieran atenuar los crímenes de iusignes malvados, que revistiendose del caracter de legisladores y de jueces acabaron con la religion, el trono y las instituciones mas venerables del reino vecino, asesinaron á la familia real, expoliaron los templos, proscribieron el culto y condenaron á la guillotina ó la deportacion los sacerdotes que se libraran del puñal de los caníbales revolucionarios? ¿Y es posible que el señor Fabra, sabiendo todo esto por la historia, muestre ese entusiasmo al hablar de la declaracion de los legisladores franceses, ridícula en la forma, desautorizada é incompetente en boca de ellos, y que en cierto modo era un insulto viniendo despues de haber abolido el único culto verdadero?

En la pág. 381 dice el autor que cuando los hombres se asociaron en el principio eran todos iguales; lo cual es falso y está en abierta contradiccion con lo que él mismo dice en otros lugares de su libro. No creiamos que el señor Fabra estuviese tan atrasado de noticias, ni menos que en el año 38 del siglo XIX se atreviese, jactándose de filósofo, á decir con la mayor formalidad del mundo:

« . . . . . el establecimiento de una sociedad civil supone que los consocios han reunido sus voluntades y sus fuerzas para el bien comun; su voluntad para mandar ó prohibir lo que puede servir ó dañar al interes de todos ó de algunos y sus fuerzas para hacer ejecutar lo que han querido. De esto se deduce que la ley es el resultado de esta reunion de voluntades, y la fuerza pública lo es de esta reunion de fuerzas particulares. Ambas estan comprendidas en la denominacion de *soberanía*, por la cual debe entenderse la coleccion de derechos de todos ó el derecho imprescriptible é inalienable para una nacion así formada de querer y hacer ejecutar lo que ella quiere.»

Al señor Fabra le ha sucedido sin duda lo que á ciertas viejas, que creyendo remozarse se rebajan años y se fijan en cierta edad como si por eso el tiempo estuviera inmovil. Nuestro autor por lo visto hubo de leer el *Contrato* de Rousseau allá en sus mocedades, y se ha ido al otro mundo sin modificar en un ápice la opinion formada por las extravagantes paradojas del soñador ginebrino sobre la quimérica soberanía nacional, que tantas lágrimas y saugre ha costado y costará aun al mundo entero.

Hemos procurado señalar los errores ú omisiones principales de la *Filosofía de la legislacion natural*, que en lo demas no contiene cosa grave digna de censura.

## HISTORIA.

**83. DOÑA OLIMPIA**, por B. J. Delecluze, traducida del francés por M. A.: dos tomos en 8.<sup>o</sup>

Esta obra ¿ es una historia ó una fábula?

De todo tiene; pero mucho mas de lo segundo que de lo primero. Los personajes son históricos: ciertos caracteres y algunos hechos tambien; pero el escritor dejó correr su ima-

ginacion á medida de su deseo, ó copió, aumentó y exornó los copiosos materiales que los herejes y no pocos malos católicos han amontonado en diversos libelos infames contra los sumos pontífices que han gobernado la iglesia. ¿Qué fin pudo proponerse el autor de *Doña Olimpia* en publicar esta que podemos llamar crónica escandalosa del pontificado de Inocencio X? Ninguno bueno si hemos de juzgar por el contexto del libro; pero ha seguido distinto rumbo que los escritores del dia enemigos de la religion, de la iglesia y de sus instituciones santas; y en vez de desatarse en injurias contra los papas en general ó contra algunos en particular, en vez de tomar pie de los escándalos, dilapidaciones, simonías, injusticias y enormes abusos de todo género que aglomera y expone menudamente, para clamar con energúmeno furor contra el papa Inocencio, introduce sagazmente algun cardenal íntegro, un prelado severo ó un simple fiel de rígidos principios, para que vituperen la rapacidad y tiránica dominacion de Doña Olimpia y la debil condescendencia del pontífice su cuñado. Tentados estamos por creer que el autor de esta obra, si no está asociado á la infernal secta que cual víbora ponzoñosa corroe el corazon de la tierna madre en cuyo seno se abriga, ha aprendido por lo menos con admirable habilidad los pérfidos y simulados ardides de los escritores jansenistas. Ostentan una inflexible rigidez de doctrina: claman á voz en grito por la reforma de los abusos y el restablecimiento de la disciplina: suspiran por los primitivos tiempos de la iglesia: no hallan términos bastante fuertes con que censurar la disipacion, relajadas costumbres, apego á las cosas del mundo etc. etc. de los miembros del clero y sobre todo de la *corte de Roma* (como ellos dicen). Mas veaselos al propio tiempo cuán blandos y condescendientes son consigo mismos, con los gobernantes de las naciones y los magnates de la tierra: veaselos qué ingeniosos para disimular y disculpar con una caridad que pasma, á los herejes, á los novadores, á los conspiradores hipócritas, que protestan respetar la religion y la iglesia de Jesucristo y asestan sus envenenadas saetas á la cabeza visible de ella, sucesor de S. Pedro en el cargo de apacentar á las ovejas y los corderos. Perdonen nuestros lectores si nos distraemos del objeto de este artículo; pero no hemos podido menos de desahogar así nuestro pecho al considerar la taimada con-

ducta del autor de *Doña Olimpia*, que falsificando los documentos de la historia, exagerando unos caracteres y pintando otros de capricho, ha compuesto su obra, encaminada, á lo que parece, á marcar con un sello de infamia y reprobacion el reinado del papa Inocencio X, y á representar la corte pontificia como una cueva de ladrones y una sentina de los mas horrendos crímenes, la concusion, la simonia, una sórdida avaricia, la mas repugnante y escandalosa inmoralidad. Considerese si en los tiempos que alcanzamos es necesario tanto para persuadir á la multitud de lectores que no saben discernir lo que leen, y creen *mejor que los artículos de la fé* las aseveraciones de los escritores de moda. Hombre habrá que despues de haber leído este libro no dejaria de creer lo que en él se dice contra un pontífice respetable, aunque le presentaran cien historias fidedignas que desmintiesen al forjador de la crónica de Doña Olimpia.

La obra que examinamos, puede considerarse dividida en dos partes: la primera comprende el pontificado de Inocencio X, y la segunda el periodo que transcurrió desde su muerte hasta la de Doña Olimpia. Esta segunda parte segun nuestra division imaginaria está tratada con bastante exactitud, y salvo tal vez alguna que otra circunstancia no ofrece inconveniente ni reparo justo: no así la primera, en que el autor tiene una singular complacencia en pintar al papa Inocencio como un anciano debil hasta el punto de hacerse cómplice de dilapidaciones y crímenes ajenos, inconstante y veleidoso, incapaz ó no muy apto para los negocios de gobierno, sórdidamente avaro, simoniaco y ciegamente dominado por Doña Olimpia, á quien profesaba un afecto ambiguo por lo menos, en atencion á la vehemencia y firmeza de él y al parentesco que le motivaba. Hecha esta indicacion de la parte que cabe á la cabeza de la iglesia en el cuadro trazado por el autor, es facil de inferir qué tal parados saldrán los demas personajes que figuran: Doña Olimpia, los prelados de mayor confianza de S. Santidad ó de mas influjo en el gobierno, los cardenales y ministros de la corte pontificia. Dudamos que puesto á describir Mr. Delecluze la del famoso príncipe de los Asesinos hubiese empleado colores mas fuertes que para dibujar al padre universal de la cristiandad y á los primeros prelados de la iglesia. Mas acaso la historia le suministre datos en que fundarse para escri-

bir en este sentido. Aunque así fuera, la prudencia y el amor de la religion, si Mr. Delecluze profesa la nuestra, debieron retraerle del desatinado proyecto de escribir con todas sus circunstancias y pormenores la época suelta de un pontificado, en que la debilidad ó incapacidad de un papa hubiese consentido abusos de mas ó menos trascendencia para el bien de la iglesia. Esto hubiera hecho un católico celoso del honor de la religion, aun en el caso de hallar datos irrecusables en la historia para trazar un cuadro tan negro. Pero ¿y si faltaran esos datos ó fueran á lo menos contradictorios, ambiguos ó incompletos? ¿cómo calificaríamos al escritor que tomara la pluma y escribiera como Mr. Delecluze? ¡Ah! No hay términos para caracterizarle. Pues eso es lo que ha hecho este, y lo vamos á probar brevísimamente.

Hablando un escritor moderno del pontificado de Inocencio X dice: «Han trazado de tan diversa manera el retrato de Inocencio X los autores contemporáneos suyos, que ni siquiera han convenido en las calidades exteriores de él. Unos le hacen de estatura alta y majestuosa, de alma elevada y de admirable penetración: otros le pintan feo, bajo, deforme, maligno, artificioso, ignorante é hipócrita (1).» Fácilmente se conoce cuánto se presta esta contradicción de los escritores coetáneos á las falsas imputaciones y á las mas atroces calumnias de los que andan á caza de deslices y abusos con que manchar la memoria de los sumos pontífices y denigrar, si pudieran, la sagrada institucion del papado. Pero tambien se convencerán las personas de sólido juicio y buena fé que en la prudente duda originada de tan opuestos testimonios no debe ningun hombre que sabe discurrir, creer á tontas y á locas al primer forjador de patrañas y zurcidor de calumnias, por mas que alegue textos y documentos en esta ocasion sospechosísimos. Hay mas todavía: Ranke, escritor protestante y como tal intachable en su testimonio sobre esta materia, afirma que Inocencio X *era un hombre de cualidades que distaban mucho de ser comunes*, y añade: «*En los cargos que habia tenido que desempeñar antes de su exaltacion al solio pontificio, se habia mostrado ACTIVO, IRREPENSIBLE y leal: cuando llegó á ser papa, conservó la misma fama.*»

Nótese bien lo de *activo é irrepensible*, porque cabalmente las cualidades contrarias

son los dos ejes sobre que gira toda la máquina de falsedades de nuestro autor.

Hemos dicho que algunos de los datos en que este pudo apoyarse eran ciertos en el fondo; pero exagerados y puestos de bulto para que resalten en perjuicio del pontífice. En efecto la historia que no ha necesitado aguardar el advenimiento de los modernos difamadores, para *dar á cada uno lo suyo*, porque es su severo ministerio, nos dice en resumen lo siguiente respecto de Doña Olimpia, triste heroína de la fabula de Mr. Delecluze.

El pontífice debia favores á su cuñada Olimpia Maldachini de Viterbo, porque habia aportado caudales de consideracion á la familia de Panfili, y recibió grandísima satisfaccion de que esta señora no quiso contraer segundas nupcias despues de la muerte del hermano de Inocencio. Este habia confiado á su cuñada la direccion de los asuntos de la familia hacia mucho tiempo. Olimpia abusando de su parentesco y del caracter bondadoso del pontífice se entremetió en las cosas de gobierno, y aprovechó para su lucro la concesion de gracias y empleos obtenidos por su influjo. Era natural que este abuso de confianza originase injusticias y produjese descontentos: de ahí los multiplicados y fuertes clamores que se levantaron y llegaron hasta los oidos de Inocencio, el cual se afligió profundamente de la conducta de su cuñada, y la alejó temporalmente de sí y le quitó la intervencion en los negocios públicos. Hé aqui en dos palabras el fundamento sobre que se escribe una obra nada menos que de dos tomos. Los mas graves historiadores convienen en la pureza de costumbres de Inocencio, en su laboriosidad y en su inteligencia: ¿qué prueba pues el cargo, aunque grande, que le hace la historia? Dos cosas sabidas de todos: 1.º que el sucesor de S. Pedro, sea quien quiera, es hombre y está sujeto como tal á la flaqueza heredada de Adam; y hasta ahora no ha soñado ningun católico en reclamar el atributo de la *impeccabilidad* para los sumos pontífices: 2.º que estos pueden estar rodeados, y lo estan por desgracia algunas veces, de ministros ó servidores infieles, venales, corrompidos, injustos, que valiéndose de tan buenas mañas, de su ascendiente y de la probidad y buena fé de su soberano cometen delitos é iniquidades que merecen castigo de hecho, y le reciben cuando se descubren. El mismo autor de *Doña Olimpia* nos dice que el subdatario Mascambruno, luego que fue convicto de los cri-

(1) Véase la *Biografía universal*, artículo INOCENCIO X.

menes de falsario y de lesa majestad, murió decapitado de orden de Inocencio, el cual le estimaba singularmente teniéndole por honrado y leal.

En el tomo 1.<sup>o</sup> de esta obra se cuenta una anécdota de cierto collar regalado por el cardenal Mazarini á Doña Olimpia; cosa que en sí nada tiene de particular, ni sería citada aquí á no ser por las circunstancias. El encargado de recoger este presente en Ginebra y llevarle á aquella señora es el secretario de la nunciatura en Paris; y con motivo de su ida á aquella ciudad de herejes se informa menudamente de lo que estos piensan, escriben y predicán contra la santa sede y el papa. Asiste al templo de los calvinistas, registra sus infames caricaturas, y lee sus libelos todavía mas infames; y Mr. Delecluze tiene la bondad de copiar buena parte de uno de ellos para instruccion y edificacion de sus lectores. ¿No será lícito con-

jeturar que en estas y otras fuentes semejantes ha ido á beber el escritor francés los escandalosos materiales de que ha tejido su obra, para venderla luego como historia verídica y fidedigna á esa turba de hombres ignorantes y descreídos, siempre deseosos de novedades y mas si van contra la religion y las buenas costumbres?

De nuestras anteriores indicaciones y reflexiones se infiere que el objeto de esta obra es torcido y siniestro: que los perjuicios que de su lectura pueden originarse, son tanto mayores, cuanto que el solapado é hipócrita autor ha tomado un rumbo diverso del que siguen otros francamente impíos ó libertinos; y de consiguiente que solo los hombres graves y de sólida instruccion pudieran leerla sin riesgo; mas cabalmente esos no necesitan manejar tales libros, ni quieren perder el tiempo en tan ingrata ocupacion.

## NOVELAS.

**84. EL ALMIRANTE DE CASTILLA,** por la duquesa de Abrantes (1): tres tomos.

El heroe de esta novela es D. Juan de Cabrera, conde de Melgar, duque de Medina de Rioseco y almirante de Castilla, que tuvo gran valimiento en la corte de nuestro rey D. Carlos II de Austria, no tanto por la elevada dignidad con que estaba condecorado, cuanto por las brillantes prendas que le adornaban. Es cosa sabida que entonces se disputaban tres príncipes la sucesion al trono de España, que se temia vacase de un instante á otro por la salud achacosa del monarca. Los tres pretendientes eran el rey de Francia, el emperador de Alemania y el elector de Baviera: la autora dice que al primero le apoyaba el cardenal Portocarrero, al segundo el almirante de Castilla, y al tercero la reina Mariana y el conde de Oropesa, presidente de Castilla. Esto dicho así no es exacto: se conoce que la viuda del general Junot formó en su cabeza un baturrillo de nuestra historia, y luego amasó una cosa que llamó

novela. En ella á mas de falsearse los caracteres de los personajes y adulterarse los datos y monumentos históricos, segun acabamos de insinuar, se verifica el desenlace en medio de las circunstancias mas inverosímiles; y todos los eclesiásticos que figuran en la novela, estan pintados con negros colores y por el lado mas odioso y contrario á lo que atestigua la historia. Pero ¿qué mucho? ¿No hay españoles que en sus novelas y poesias y hasta en libros *históricos* dan margen con sus calumnias á que los extrangeros se expresen así con respecto á personajes muy respetables ya por su caracter sagrado de ministros de la religion, ya por el importante y *util* papel que representaron en las cosas públicas?

Bastan á lo que nos parece las breves indicaciones anteriores para graduar el valor de esta novela y conocer de qué pie cojea su autora, nacida en la época de la revolucion, educada segun los principios del *Emilio* de Rousseau y amaestrada con los funestos ejemplos de la casa materna.

(1) Adviertase que no es ninguna de las señoras descendientes de esta ilustre casa de la grandeza española, sino la viuda del general

francés Junot, el cual vino á pelear en España y Portugal, y su soberano Napoleon le condecoró con el título de duque de Abrantes.

## LIBROS IRRELIGIOSOS.

**85. CARTA ESCRITA** al papa Pio VII por Mr. Carlos Mauricio Talleyrand, príncipe de Benevento etc.: un tomito en 8.º menor.

Esta carta es apócrifa: sin duda alguno de los muchos impíos que abundan en Francia, y mas en la época en que se supone escrita, juzgó que sus disparatadas impiedades cobrarían cierto crédito amparadas bajo el nombre del célebre Proteo diplomático: como si la mentira pudiera prevalecer contra la verdad, por mas que se cobije con la púrpura de los monarcas y magnates, ó se escude con el título y nombradía de filósofos y políticos: como si todas las arterias y sutiles invenciones de los enemigos eternos de la religion pudieran destruir á la hija del cielo, protegida especialísimamente por la diestra del mismo Dios.

En el librito que examinamos, corto de volumen, pero atestado de ponzoña, se niega el origen divino de la ley dada en el Sinai por el Señor á Moises, á quien se pinta como un bribon, embaucador de la multitud ignorante, que quiso dar leyes al pueblo de *ladrones* que capitaneaba. Se repiten las extravagantes teorías de la antigüedad fabulosa de la India y la China. No se atreve el autor á negar rotundamente que hubo diluvio; pero dice que fue parcial y dimanado no de las aguas que derramaron las cataratas del cielo, sino de una irrupcion de las aguas del Océano. La torre de Babel es una ficcion geroglífica formada de los escritos egipcios. Lo que dicen los libros santos de la larga vida de los primeros patriarcas, es una falsedad ridícula: cabalmente los hombres de entonces vivían menos que los de ahora, como ha descubierto *el sabio autor* de esta carta y en rancios manuscritos chinos, indios, caldeos, árabes y egipcios. Acerca de todos estos dislates tan manoseados á fuerza de repetidos por los secuaces de la impiedad merecen consultarse los eruditísimos y juiciosos *Discursos del ilustrísimo señor Wiseman sobre las relaciones que existen entre las ciencias y la religion revelada*. Allí se ven pulverizadas con razones esas objeciones de los impíos, á su parecer gigantescas é ineluctables; pero que han venido abajo con el mismo ariete de que se querían valer ellos para batir el alcazar de la religion, es decir, *con las ciencias*.

Después que el autor de la epístola ha dado á su parecer una buena mano á la ley

antigua, emprende con la de gracia empezando por su divino legislador y nuestro Salvador Jesucristo, á quien hace (¡ó lengua blasfema del infierno!) hijo adulterino de la virgen Maria y de un soldado romano acuartelado en la Palestina. La moral del Evangelio es un plagio de la de Platon, á quien coloca en el cielo y convierte en una segunda divinidad. Jesus (que se llamaba Ananías), fue carpintero como su padre adoptivo José, y recorrió la Galilea con algunos vagamundos decidores de la buena ventura (los apóstoles), y preso por la policía de Jerusalem fue condenado á muerte por el clamor público. Quien así habla del hombre Dios y de la ley evangélica, ¿qué no dirá de los papas, de los prelados de la iglesia, de los sacerdotes, de las prácticas y ceremonias de nuestra religion santa? Imposturas atroces, calumnias groseras, insultos y dicitrios dictados por un odio concentrado. Solo hace una excepcion á favor del papa Clemente XIV (Ganganelli); pero ¿por qué? Porque no habla del pontífice que realmente ha existido con ese nombre, sabio, virtuoso, indulgente, que acosado por todos los monarcas de Europa y colocado en circunstancias bien difíciles (oiase ya no muy lejano el bramido del huracan revolucionario) *cedió* y se prestó á abolir la compañía de Jesus. Pues por este *hecho solo* se ha forjado el autor (y otros muchos de su laya) un pontífice *filósofo*, que detestaba al clero secular y regular, y meditaba entre otras reformas como quien no dice nada la abolicion del culto de los santos y del sacerdocio, que se cometeria á los hombres mas virtuosos de la tierra, y la restauracion *de la moral religiosa de Platon en toda su pureza y esplendor*. Y estos hombres que así forjan la historia contemporanea, ¿quieren embaucarnos con sus pretendidos descubrimientos en la historia primitiva de las naciones antiguas!

La sagrada congregacion del Indice puso en el de los libros prohibidos esta carta por decreto de 6 de setiembre de 1824, advirtiéndole que se habia publicado *sub prætenso nomine principis Caroli Mauriti Talleyrand*.

**86. DEFINICION DEL FANATISMO**, por Deleyre: traducido al español.—Código de la naturaleza. Un tomo en 8.º menor.

No llegan á doscientas páginas las que

componen este infame libelo; pero dudamos que pueda en tan corto volumen concentrarse mayor cantidad de ponzoña mortífera contra nuestra santa religion y hasta contra la existencia de Dios. Dícese en la portada que la *Definición del fanatismo* es obra de Deleyre; y aunque es cierto que este escritor de devoto se volvió filósofo, incrédulo y revolucionario (fue diputado en la convencion de Francia); no sabemos que compusiese esta atroz diatriba contra la religion. Sea de quien quiera, merece ser arrojada á las llamas, y rogamos encarecidamente á nuestros lectores que si supieren el paradero de algun ejemplar, procuren con exhortaciones, persuasiones, súplicas ó por cualquier otro medio que les dicte la caridad, haberle á las manos y destruirle, ó cerciorarse de que su dueño le ha destruido, porque puede causar mucho daño á los jóvenes y personas faltas de criterio é instruccion.

Es cosa convenida de muy antiguo entre los ateos señalar con la palabra *fanatismo* á la religion cristiana; en lo cual sin querer dan un testimonio de la verdad y poder de esta, y de que miran las otras sectas y cultos como cosas baladnes y de poca fuerza. En virtud de esta antigua táctica el malvado autor de la *Definición del fanatismo* asesta sus tiros real y verdaderamente contra el cristianismo, aunque de vez en cuando cite la idolatría, el judaismo ó el islamismo como para disimular y preciarse de imparcial. ¡Hipócrita! Bien se ve dónde pretende clavar el puñal. Así nuestro divino Salvador Jesus no es para él otra cosa que el *mas humano de los legisladores*: los españoles que conquistaron las Américas, unos bárbaros que no pertenecian á religion ninguna: los mártires que preferian la muerte á la abjuracion de sus creencias, unos *fanáticos desobedientes* que insultaban á los emperadores sus perseguidores: los príncipes, pueblos, sacerdotes y simples fieles que fueron á combatir contra infieles á la Tierra Santa, unos ambiciosos ó unos insensatos movidos del fanatismo, que iban á conquistar *un pais* á que nunca tuvieron derecho, y á molestar á los sectarios de Mahoma, que *fanáticos por fanáticos* siempre serian mejores y mas honrados que los cristianos en concepto de nuestro *despreocupado* autor.

Propone tres remedios para curar esta

atroz enfermedad, y al hablar del segundo que es poner al soberano *al abrigo de toda dominacion extraña y que no haya mas que un solo jefe* en el pueblo, dice que en tal caso sucederia entre otras cosas que

« los tribunales se llenarian de hombres honrados é integros; lo que en el estado eclesiástico sucede pocas veces, y en lugar de esas eternas discusiones teológicas que atormentan los espíritus sin afirmar la religion, la juventud se aplicaria á estudiar el derecho público etc.»

Con el candor é ingenuidad de un filósofo dice afirmativamente que el *fanatismo* ha hecho mas mal al mundo que la impiedad de todos los siglos.

¿ Qué han pretendido hasta ahora los impios? (pregunta el inocentísimo autor). Sacudir un yugo que no podian soportar y cuya legitimidad no reconocian, en lugar de que los *fanáticos* han querido extender sus grillos por toda la tierra. ¿ Se han visto acaso sectas de incrédulos reunirse en tropas y marchar armados contra la divinidad ó sus ministros? ¡ Ah! ¡ cuánto pudiera decirse acerca de esto!

Se necesita toda la desvergüenza de un impío para hacer esta pregunta. Sí, respondemos nosotros, se han visto tropas de impios embistiendo y destruyendo los templos de Dios, persiguiendo y degollando á sus ministros, aboliendo abiertamente el culto, ó restringiéndole y menoscabándole cuanto podian, segun la pujanza con que contaban los enemigos de la divinidad. Hablen Francia, España y Portugal.

El llamado *Código de la naturaleza* á que se siguen unas notas dignas de tal produccion, es una simple rapsodia de las manoseadas vulgaridades y eternos sofismas con que los filósofos ateos han intentado embaucar al crecido rebaño de libertinos y gente desalmada hace muchísimo tiempo. Que no hay mas religion que los preceptos de la naturaleza: que la razon es soberana y se basta á sí misma para saber cuanto le conviene: que el alma no tiene voluntad y solo la determinan las pasiones: que la felicidad depende de la conformacion de los órganos, de la educacion y de las sensaciones exteriores: que no hay ningun culto y que Dios se basta á sí mismo; y que no hay bien ni mal moral sino por relacion á los hombres; pero nada por relacion á Dios. Estas son las principales y mas preciosas máximas contenidas en el *Código de la naturaleza*, que el editor de la *Definición del fanatismo* creyó deber añadir á este por via de ilustracion y complemento.